



El novelista norteamericano William Pearson cursó sus estudios superiores en Yale. Durante la Segunda Guerra europea sirvió en las Fuerzas Aéreas. El avión que tripulaba fue derribado por el enemigo mientras volaba sobre Alemania. Cuando terminó la guerra estudió Derecho y escribió dos novelas de *suspense*. Posteriormente, renunció al ejercicio de su carrera para escribir «Fiebre en la sangre», historia de una gran batalla política en una pequeña ciudad de los Estados Unidos. Los compromisos, los turbios intereses y las falsedades a que se ven arrastrados los candidatos al poder, aparecen descritos sin paliativos le ningún género en esta novela sincera y audaz que ha inspirado el film del mismo título producido por Warner Bros.

*Este libro está dedicado a mi esposa y a mi madre.*

*Únicamente como medio empleado en la creación de un mundo ficticio, los personajes de esta historia hacen algunas veces manifestaciones parecidas a las que se han atribuido, ocasionalmente durante los pasados cien años, a diversas personas cuyos nombres pueden haber sido antes, o ser ahora, conocidos del público. Sin embargo, ninguno de dichos personajes ha sido creado para parecerse a ninguno de esos seres humanos, vivos o muertos, ni tampoco a nadie que exista o haya existido. Cualquier semejanza de los nombres que se citan en este relato con los de personas reales es mera coincidencia. Las situaciones y los sucesos son igualmente ficticios.*

PRIMERA PARTE

ANTES DE LA CONVEN-  
CIÓN DEMÓCRATA DEL  
ESTADO

*“Rowton es una ciudad que siempre vota por los demócratas, lo cual, en la mayor parte de las elecciones, basta para superar el voto republicano en las zonas rurales y elegir gobernador. Sin embargo, el voto rural suele dar una mayoría republicana, porque en las zonas rurales todo candidato republicano que fume en pipa de tusa de maíz y posea doscientas acciones de la International Harvester, se cree granjero. Por tanto, no es ningún secreto que al pertenecer el gobernador y la mayoría de la Legislatura a partidos opuestos armen algunas camorras, aunque la Legislatura está demasiado ocupada en buscar lemas para las placas de las matrículas de los automóviles y en formar comités al objeto de combatir continuamente al jefe. Naturalmente, esos comités no tienen reparo alguno en hacerle la zancadilla al gobernador, también, aunque por lo general con resultados muy poco notables, porque funcionan a base del principio de la mayor ineficacia al precio más alto; todos los nombramientos efectuados por los comités se basan en la antigüedad; nunca pierden el tiempo en tonterías, tales como el mérito o la capacidad. Pero eso no significa que todos sus miembros sean viejos profesionales; hay siempre algunos jóvenes recién graduados en Derecho, impetuosos como potros, y con ganas de crearse una buena reputación, aunque suele admitirse que su optimismo tiene el mismo valor que el del misionero cociéndose en la olla del caníbal. Todo eso hace que el gobernador no tenga mucho trabajo, excepto esperar ser elegido en el Senado de los Estados Unidos, juez federal o incluso ser nombrado candidato a la presidencia. Yo jamás quise ser presidente y por eso nunca aspiré a ser elegido gobernador.*”

*Así sea, hermano, y si no puede usted votar por mí, rece por mí”.*

... Manifestación oficiosa hecha por el senador Alex S. Simón, hace muchos años y todavía lamentada.

## 1

Rowton, la capital del Estado, es una ciudad de un millón de habitantes, desparramada en su pedazo de continente, como la hermanita menor de Los Angeles; pero es una hermanita mayor muy crecida, con grandes nubes de espeso humo negro que se elevan de sus bordes occidentales, junto a las vías del ferrocarril, modernos rascacielos que puntean el firmamento del sector comercial, lujosas quintas en las colinas al este de la ciudad y barracas que nacen como hongos junto al río que serpentea a través del sector industrial, como un intestino hinchado. Tiene dos mil seiscientos abogados, dos mil doscientos médicos, setecientas ochenta iglesias, novecientos cincuenta colegios electorales, cuatro clubs campestres (se construyen cinco más), y carece de barrio de lupanares, pues el fiscal del distrito es Daniel Xavier Callahan. Rowton goza de súbita y enorme prosperidad; los carpinteros se convierten en contratistas y ganan fortunas de la noche a la mañana, construyendo casas de apartamentos; los carniceros organizan mercados de carne y acaban siendo propietarios de cadenas de tiendas de ultramarinos; fracasados agentes de compra-venta de fincas reúnen el dinero necesario para adquirir viejas granjas en los alrededores de la ciudad y se convierten en millonarios al venderlas por parcelas; y los viejos piratas que labraron sus fortunas hace mucho tiempo, fuman ahora panetelas en los mejores clubs.

Leif Vinqvist, fallecido ya, pero osado pirata si jamás hubo alguno, ganó su primer millón en la época de Wilson, con un negocio de chatarra, viviendo frugalmente, e invirtiendo sensatamente su dinero. Tarde ya en la vida, se casó con una corista que le dio un hijo, huyendo más tarde ésta con otro hombre. Leif Vinqvist jamás se recobró ni de la traición ni de la humillación, y puso todas sus esperanzas en su hijo Bob, actualmente graduado en las Universidades de Princeton y la Sorbona, y de la Facultad de Derecho de Yale. Hace dos años, cuando Bob Vinqvist regresó a Rowton con su título de abogado, varios de los viejos amigos de su padre se mostraron ansiosos por ayudarlo, pero él parecía poseer la terca y defensiva determinación de abrirse camino por sí mismo. Molestó a esos viejos amigos, todos ellos republicanos partidarios de Eisenhower, al demostrar considerable interés por el partido demócrata. Era año de elecciones, y sus contribuciones económicas no pasaron inadvertidas. Pocas semanas después de las elecciones, Dan Callahan, el nuevo y dinámico fiscal del distrito, le ofreció el cargo de fiscal auxiliar.

Bob Vinqvist se tomó muy en serio sus nuevas obligaciones, y pronto se convirtió en figura familiar para los funcionarios del juzgado, que le veían recorrer los pasillos del edificio a altas horas de la noche, alto y preocupado, con una cartera en una mano y un paquete con varios volúmenes de textos legales en la otra. A los treinta años, Bob Vinqvist intentaba tercamente verse a sí mismo con toda exactitud; sabía, por ejemplo, que las gafas de gruesos cristales que llevaba debido a su miopía conferían a su alargada cara de tez clara un exagerado aire de ansiedad que a menudo trataba de ocultar afectando, con verdadera desgana, una igualmente exagerada jocosidad. Sabía que sus cabellos castaño claro, que empezaban ya a escasear, su nariz bastante grande y los varios lobanillos a su alrededor, destruían toda posible pretensión a la belleza. Y sobre todo, sabía asimismo, sin lamentarlo mucho, que

aunque era bien acogido en las fiestas, carecía de aquellos indefinibles ingredientes de personalidad característicos del hombre a quien se elige para un cargo público.

Aquella mañana, al recorrer, el pasillo en dirección a la sala de vistas del juez Hoffman, dio una última chupada a su cigarrillo, antes de arrojarlo, expertamente, a la panzuda escupidera que montaba guardia permanente junto a la puerta de la sala. La oscura habitación, con sus bancos de asiento de madera para el público, los acolchados sillones para el jurado y los abogados, estaba vacía en aquellos momentos, si se exceptúa la presencia en ella de Marty Spewack, el alguacil, que soñaba sus sueños de viejo a los obtusos rayos del sol que penetraban por las grandes ventanas. Nadie sabía la verdadera edad de Marty, pero poco después de la primera guerra mundial, el viejo Marty, que era entonces el joven Marty, fue nombrado alguacil, y golpeaba con la maza cuando entraba el juez, y volvía a golpear cuando el juez salía, viviendo, de alguna manera, con poco más de dos mil dólares al año, y satisfecho (había que suponerlo así) con las anónimas glorias de su empleo: se dirigía a los abogados por su nombre de pila, acompañaba a los jurados al lavabo, y repetía las murmuraciones del juzgado a quienes quisieran oírlas. Tributo para la organización demócrata en Rowton era que Marty, joven o viejo, jamás careciera de empleo.

El viejo se estremeció, su pecosa mano se movió, por reflejo, hacia la maza, y su boca se entreabrió en una desdentada sonrisa.

—Hola, Bob. ¿Quiere ver al juez?

—Sí, Marty. ¿Cómo está la pierna?

—Este verano podrán cortarla, si no mejora. ¿Qué tal Dan?

—No se queja de nada.

—Dan es duro.

Bob entró en el despacho de Emil French, secretario del juez Hoffman desde hacía veinte años. El funcionario

levantó los ojos de su antigua máquina de escribir, esperando, quizá, ver un periodista a quien tal vez pudiera contar alguna anécdota que mereciera los honores de la primera página, acerca de las más recientes actividades legales del juez. Como siempre, aquel día Emil French manoseaba varios documentos y sentíase ansioso de hablar.

—Hola, Robert. ¿Quiere ver al juez?

—Me gustaría hacerlo.

—Polly está con él, a menos que haya salido por la otra puerta. —Emil le guiñó un ojo—. Pero supongo que no habrá inconveniente alguno en que el futuro yerno del juez se reúna con ellos.

Bob contó mentalmente hasta cinco, mientras sonreía al funcionario.

—Sabe usted más que yo mismo, Emil. Ni siquiera le he hecho esa mágica pregunta a Polly.

—Pues hágalo pronto. Si yo tuviera treinta años menos, probaría suerte. Antes de que entre, Bob, ¿qué hay de Dan? ¿Se presenta candidato a gobernador?

—Dígamelo usted, Emil. Así lo sabremos ambos.

—Los rumores que he oído son afirmativos. Es decir, si puede conseguir el nombramiento de candidato sin oposición. A nadie le seduce la lucha de unas elecciones primarias. Por lo menos, al juez no le gusta. Y recuerde lo que nos sucedió a los demócratas la última vez, simplemente por unas disensiones originadas en unas primarias

—Emil French suspiró—. Bastante dará que hablar el caso Hart, y sólo faltaría que el juez y Dan se disputen el primer plano. Debieran unirse.

—¿Quiere decir con el juez como candidato?

—¿Por qué no? Dan es mucho más joven y puede esperar. A propósito, ¿quién ayudará a Dan en el juicio contra Hart?

—Yo.

—Le felicito. Es su primer juicio por asesinato, ¿verdad? Pero usted y Dan debieran dejar algunos titulares en la

prensa para el juez. Habrá bastante para todos. Sexo y pasión ilícita; el acusado, sobrino de nuestro no llorado ex gobernador. –Emil se inclinó hacia delante, como si quisiera comunicar un secreto a su interlocutor–. Y apuesto a que no sabe que el senador Simon está aquí. Ocupa las habitaciones presidenciales del hotel Dome. ¿Qué le parece?

Bob sonrió. Las murmuraciones llegaban tan rápidamente a aquel edificio viejo y oscuro, grotesca imitación de la arquitectura religiosa griega y romana, arribaban hasta él con tanta furia, que pronto olvidábase que uno vivía en un mundo en el cual las bombas de hidrógeno quizá acabaran incluso con la política.

–Cuénteles a Dan lo que le he indicado acerca de Simon. Y dígame que se lo he comunicado yo. Alex Simon no viene de Washington tan sólo para asistir a una fiesta de beneficencia.

–Se lo diré –repuso Bob. Y tras llamar a la puerta del gabinete del juez, la abrió, preguntando–: ¿Puedo pasar, señor juez?

El juez Sam Hoffman, alto y delgado, tenía cabello gris, nariz aguileña y ojos brillantes, de fiera y orgullosa mirada, pero se observaba cierta debilidad en torno a su boca, y una debilidad aún más definida en la gaveta de su escritorio, pues se rumoreaba que el juez guardaba allí una botella de licor. Había siempre muchas suspensiones temporales en la sala de vistas del juez Hoffman. Sin embargo, se le consideraba buen juez, cuidadoso y tolerante, y sus disgustos personales, culpables de su inclinación a la bebida, no influían nunca en sus juicios. Estaba sentado tras un brillante escritorio de caoba, de ocho pies de largo, facilitado por el Condado, delante de una exposición fotográfica de sus triunfos en la vida: colegio (lanzador en el equipo de pelota base, extremo en el de fútbol), los estrados, el Tribunal, miembro de las Águilas, de los Alces, Iglesia episcopaliana, presidente del Club Rotario de Rowton

(1950-1951), copresidente de la Cruz Roja de Rowton (1956), y presidente (generalmente) del Club Juvenil de Rowton. Una de las paredes aparecía cubierta hasta casi llegar al techo por estanterías repletas de polvorientos textos legales, los cuales, junto con el viejo hogar, los sillones de alto respaldo y las usadas alfombras verdes, proclamaban que allí, digno y sin medida del tiempo, y, sobre todo, cómodo, se encontraba la majestuosa encarnación conocida como la Ley.

El juez Hoffman sonrió brevemente.

—Polly salió hace un par de minutos. Bob. Creo que quería pasar por su despacho. ¿Qué le trae por aquí?

—Dan se pregunta cuál será su actitud, señor, en cuanto a la presencia de periodistas y cámaras de televisión durante el juicio de Hart.

—Supongo que querrá que los admita.

—No lo dijo, señor.

—Comprender lo que un político no dice, Bob, es tener media batalla ganada. No pongo en duda los motivos de Dan, por supuesto. Dígame, ¿se presenta para candidato?

—No intento eludir su pregunta, señor, pero hace muy poco Dan me preguntó si yo conocía los planes de usted. Algunas veces me interrogo cómo me he convertido en mensajero. Toda esta cómica diplomacia en la cual ustedes dos se tantean continuamente por medio de Vinquist el honrado, incapaz de decir una mentira, cuando no tiene sino alargar el brazo para coger el teléfono...

—Sí, es algo realmente curioso. Por otra parte, puede usted considerarse afortunado por no ser aspirante a candidato. —El juez Hoffman sonrió—. Los cargos por elección son una clase especial de tortura. Generalmente se cree que después de ganarlos llega el descanso, pero entonces se piensa ya en las próximas elecciones. Dentro de dos años termina el plazo para el que fui elegido la última vez, y volveré a presentarme... Podría tomármelo con calma, mas ya me parece oír lejanas trompetas, y sus sonos

son netamente gubernamentales. Pero un juez no puede presentarse candidato para ningún puesto a menos que primero renuncie a su cargo. Así lo ordena la Constitución, y no deja de ser justo, ciertamente. Pero nuestros otros distinguidos funcionarios pueden intentar ver cumplidas sus aspiraciones sin verse precisados a dimitir. Esa diferencia no deja de ser molesta. –El juez Hoffman examinó pensativamente el pisapapeles de cristal de su escritorio—. Naturalmente, me gustaría intentarlo; al fin y al cabo, llevo muchos años de aprendizaje, asistiendo a las ferias de los Condados, y creo que ahora podría ganar fácilmente la gobernación del Estado. Por otra parte, un hombre de cincuenta y seis años, después de prestar servicios como juez durante veinticuatro, no puede abrir un bufete de abogado y tratar de crearse una clientela. Y eso sería lo que me sucedería si perdiera las elecciones primarias. –Frunció el ceño mientras daba unos pasos por su despacho—. Por tanto, no he tomado todavía ninguna decisión, Bob. En cuanto al caso Hart, la presencia de las cámaras de la televisión en la sala de vistas depende sólo del perjuicio que pudiera causar al acusado. He de averiguar qué opinan los abogados de Hart. Dan lo sabe, y por eso me sorprende que le haya mandado a usted aquí.

–Le transmitiré su mensaje, señor.

–Otra cosa. Dan tiene sus partidarios, y yo tengo los míos. Si uniéramos nuestras fuerzas –debe perdonar mi modestia–, nadie podría derrotar una candidatura Hoffman-Callahan. Además, y digo esto con cierta temeridad porque no quiero que me crea usted tan cínico como mis palabras pudieran hacerme parecer, Alex Simon padece del corazón. ¡Ah! ¿No lo sabía? Si Alex no pudiera terminar su mandato y yo fuera gobernador, me complacería dar a Dan el nombramiento interino de senador de los Estados Unidos. ¿He hablado claro? ¡La que se armaría si los del *Herald* se enteraran de mis palabras!

No le era difícil a Bob sentir simpatía por aquel hombre tan probo que cuando unas dos décadas antes fue investido con la toga, debió de haber tenido la perspectiva de una brillante carrera, pero que en aquellos instantes se enfrentaba con el deprimente hecho de que no ocupaba sino un cargo a disposición de cualquier ambicioso abogado de treinta años que aspirara a él. ¿Dónde estaban la gloria, el progreso, la utilización de aquellas artes y habilidades tan pulidas por veintidós años de asistir al apaciguamiento de las tempestades conocidas con el nombre de pleitos? Indudablemente, el juez Hoffman debió haber encontrado satisfactorios y excitantes sus primeros años de carrera judicial. En realidad, debió haber disfrutado con las pequeñas distinciones propias de su nuevo cargo. No resultaba difícil imaginársele íntimamente satisfecho, por comprensible vanidad humana, por el conocimiento de que, por ejemplo, su nueva posición le había convertido en uno de los más importantes oradores de Rowton cuando alguno de sus grupos cívicos celebraba un banquete. Pero ¿seguiría el viejo juez Hoffman sintiéndose satisfecho al asistir a los tan familiares banquetes de patatas frías, guisantes fríos y pollo frito frío con crema, teniendo ante sí los tan conocidos auditorios? Sin olvidar que su cariño por el juez Hoffman descansaba, en parte, en su afecto por Polly, la hija del juez. Bob Vinqvist se preguntaba, con conmisericordia y pena, qué era lo que estaba fuera de lugar y por qué se había producido aquella situación.

—El político que intenta decidir si debe presentar su candidatura —dijo el juez Hoffman—, tiene todas mis simpatías, especialmente cuando yo soy ese hombre. Recuerdo por lo menos a cinco amigos míos que vieron frustrada su mayor ambición porque dijeron un «no» que no sentían demasiado. El hombre debe hacer las cosas a su debido tiempo, pues, de lo contrario, está perdido. —La sonrisa del juez Hoffman era triste—. Por tanto, dígame a Dan Callahan que pule su bola de cristal y trate de ver en ella. En-